

BRIGGS, Ward W. & William M. Calder III, *Classical Scholarship; A Biographical Encyclopedia*, New York & London, Garland Publishing, 1990, xxiv + 534 pp.

Tan abundante ha sido la producción de los estudios clásicos que existen ya varios libros que reseñan la historia de estos estudios, o de la filología clásica, en general o en determinados países. El carácter muy especializado de tales obras (muy semejantes a hagiografías o a panfletos, según los casos), y el hecho que estén dirigidas al pequeño mundo de los devotos, hace necesaria una auténtica historia de los estudios clásicos. En espera de tal obra, la enciclopedia aquí reseñada presenta las biografías de cincuenta personalidades de este campo de estudio, que acertadamente es visto como un fenómeno peculiar de la cultura europea moderna, y no se hace remontar su origen ni a Zoilo ni a Lorenzo Valla; las biografías parten de la época de Christian Gottlob Heyne (1729-1812) hasta llegar a la de Arnaldo Momigliano (1908-1987).

El ordenamiento es alfabético, pero una tabla situada al inicio permite leer las biografías en su orden cronológico. La breve introducción de William M. Calder nos sitúa en el contexto de los estudios clásicos desde la perspectiva más moderna y desde un punto de vista bastante norteamericano. Las biografías son obra de cuarenta y tres autores de varios países, en muchos casos traducidas al inglés. Con ello puede verse que muy pocos escribieron más de un capítulo. Cada biografía cuenta con un retrato, y una bibliografía con la producción más importante de cada biografiado, así como las fuentes sobre su vida.

Por supuesto, la objeción principal se centrará en la elección de los cincuenta personajes, y los editores son conscientes de ello: junto a las figuras inevitables (Wilamowitz...), aparecen algunos eruditos cuyo origen o campo de actividades los hace muy poco conocidos, por ejemplo Johan Ludvig Heiberg, danés dedicado a las matemáticas griegas. ¿Por qué figura Franz Bopp? ¿Por qué no

Moses Finley? Quizás hay un número desproporcionado de norteamericanos, lo cual es comprensible dado el origen de la publicación.

Las biografías suelen ser apologéticas o calurosamente simpáticas, a menudo basadas en recuerdos personales o en la tradición oral propia de todo centro académico. El único maltratado parece ser Heinrich Schliemann: por supuesto que ello representa una útil denuncia de sus supercherías, pero también puede verse una herencia del antiguo *odium philologicum* que suscitó en su época el brillante aficionado.

Como obra de conjunto, presenta disparidades en el tratamiento: hay biografías excelentes, como la del propio William Calder, que se ocupa de Werner Jaeger, basado en un amplio conocimiento de su obra, aguda penetración psicológica y sus propios recuerdos personales; con base en estos últimos nos puede informar cómo Jaeger en Estados Unidos “was sought after for doctoral examinations because he never expected American students to know anything and asked simple questions, often answering them himself”; hay otros párrafos igualmente memorables. Por el contrario encontramos semblanzas que son muy breves e incluso opacas. Existen otros ejemplos de las consecuencias de la poliautoría, por ejemplo en el relato de la muerte de Karl Otfried Müller en Grecia (1839) no se nos dice que murió prácticamente en los brazos de Ernst Curtius, detalle del que nos enteramos leyendo la biografía de este último.

Como antes se señaló, la enciclopedia no es aún la obra que se espera sobre los estudios clásicos; presenta, sin embargo, una preciosa fuente de datos: nos enteramos del *auri sacra fames* de Rostovtzeff o de las relaciones de Jaeger, ya ciudadano de Estados Unidos, con el mundo académico alemán ¡en 1944! También podemos saber que muy probablemente Wilamowitz tenía razón en su polémica con Nietzsche, aunque los puntos de vista de éste sean los más conocidos entre el público (y Wilamowitz en general conocido a través de Nietzsche). También nos señala el recorrido biográfico que numerosos lazos de todo tipo existieron entre los estudiosos, desde los más obvios entre maestro y discípulo, hasta relaciones familiares (el matrimonio de Wilamowitz con la hija de Mommsen, en 1878), infidelidades (Heiberg y la esposa de Drachmann) y por supuesto rivalidades.

Pero más que estas curiosidades, la obra es útil por las conclusiones que el lector puede extraer en torno al medio del que los estudiosos de la Antigüedad clásica provinieron. La mitad de

los biografiados son alemanes, como era inevitable, y la lectura de las cincuenta trayectorias permite confirmar la sospecha de todo el que se haya acercado a la *Altertumswissenschaft* en algún momento: sus cultores fueron apacibles pequeñoburgueses (capaces de iras y despotismos, pero que no sobrepasaban las aulas universitarias), a menudo hijos de pastores protestantes, de costumbres recatadas e ideales políticos conservadores, sumamente empeñosos y agudos en el estudio de las minucias de los textos, pero de una asombrosa miopía eurocentrista.

Hay numerosas excepciones, por supuesto: el alcoholismo de Porson, la homosexualidad de Housman (característica cuyo biógrafo apenas y ambiguamente menciona, y de la que nos enteramos en la introducción; para ampliar hay que acudir a la *Encyclopedia of Homosexuality* de la misma editorial Garland), el feminismo de Jane Ellen Harrison, el socialismo de Cornford y Pasquali, el origen *junker* de Wilamowitz. Pero la sospecha de un origen social compartido y una común actitud en cuestiones sociopolíticas es fuerte, y abundan las pruebas de la adhesión de los hombres de los estudios clásicos hacia los gobiernos conservadores, e incluso hacia el nazismo (que no sólo contó entre sus simpatizantes a hombres como Ernst Buschor, sino también, en sus comienzos, al judío Felix Jacoby).

Por fin, la obra no puede dejar de confirmar otra impresión que nos deja una aun mínima frecuentación con las publicaciones periódicas de estudios clásicos, que es la siguiente: los tomos cada vez más gruesos de *L'Année Philologique* traducen un creciente número de estudiosos y publicaciones, de enciclopedias, concordancias, ediciones críticas, recopilaciones de *fontes*, prosopografías, epigrafías y atlas; pero el espíritu que animó las primeras azarosas investigaciones, y que mucho tiene que ver con la búsqueda europea de símbolos de identidad, se ha perdido. Basta observar que desde hace algunos años es cada vez más frecuente que los artículos especializados acompañen las citas griegas (¡y hasta las latinas!) de traducciones que auxilian nuestro borroso conocimiento.

Y entonces, quien recorra las vidas de los pequeños héroes de esta historia de los estudios clásicos, sus asombrosos descubrimientos y su dedicación ya imposible, no podrá dejar de exclamar, como Ovidio en el Ponto y Rousseau en París: "Barbarus hic ego sum, qui non intelligi ulli".

Hernán TABOADA

